

Basadre y la metafísica de la disociación criolla

Manuel Castillo Ochoa

RESUMEN

Basadre no solo es nuestro intelectual académico, sino nuestro intelectual oficial, pero también real, profundo, terráneo y subterráneo. Basadre no es solo Basadre, es una influencia permanente, duradera, inmutable y sólida en la vida social peruana desde las ciencias sociales y la historiografía.

De sabiduría pública y de especial consistencia formativa del sentido común es que el reconocimiento no descansa tanto sobre el recoger en el presente de la vida las gratificaciones que, se supone, él produce en el autor que lo merece, como de que el reconocimiento vale como infinita posibilidad de estelas recordatorias que van mucho más allá de lo póstumo que el propio reconocido hubiera merecido en vida. Pero en el caso de Jorge Basadre esas tribulaciones no valdrían tanto como generalidad de la regla, sino como excepcionalidad, por lo cual puede inferirse que muchas de las leyes de oro o de los principios convivenciales con los que entendemos a la sociedad peruana no lo son de manera constante y que también en ellas ingresa el cambio del principio de certidumbre por el principio de incertidumbre. Tal como es reconocido por todos, Jorge Basadre fue admirado en vida, si así se puede considerar su nombramiento como director de la Biblioteca Nacional en 1930 y en 1936, y como ministro de Educación en 1945.¹ Pero tampoco estas situaciones son vividas en su respectivo presente anulativas de la regla de oro que conforma uno de los principios básicos de la convivencia social peruana: el recordatorio póstumo como una infinita visita y revisita, comentario y recomentario, libro tras libro, artículo tras artículo, reseña tras reseña, de aquel que se ha ido y que la sociedad siente que debe recordarlo, como deber de las improntas de su propio existenciarío colectivo. Es decir, certidumbre de la regla de oro de la convivencia peruana como recordatorio póstumo de la obra realizada, pero también excepcionalidad de ella, en el caso de Basadre, pues, en vida

1 Una breve reseña ideográfica de la obra de Jorge Basadre puede verse en su «Nota preliminar a la quinta edición de la *Historia de la República del Perú*» realizada para la edición de 1962. Esta edición fue promovida cuando José María Arguedas era director de la Casa de la Cultura de aquel entonces, que hoy es el Instituto Nacional de Cultura. La obra recibió el Premio Nacional de Cultura en 1963.

logró el reconocimiento de su propia comunidad nacional.² Si como dice el viejo adagio la mayoría de los héroes deja como imagen la muerte joven y no la figura del veterano vencedor, en el caso de Basadre el adagio no se cumple.

Por consiguiente, si nos atenemos a los reconocimientos en vida y a los póstumos podríamos realizar, en el caso del segundo, un desdoblamiento semántico que nos llevaría a abrir una «doble realidad» sobre una misma obra. Es tanto lo que se ha escrito sobre Basadre —con ello nos referimos a todo tipo de menciones y en todos los niveles, que van desde los más sencillos, de clave monográfica, artículos periodísticos, trabajos escolares, universitarios, pregrados y posgrados, tesis y subtesis, hasta aquellos más complejos como ensayos, investigaciones, libros, tomos que se permitieron influir sobre reseñas, documentarios y dedicatorias en revistas especializadas— que, parafraseando al género cinematográfico denominado «cine dentro del cine», podríamos hablar de una «historia dentro de la historia». Basadre no solo es nuestro intelectual académico, sino nuestro intelectual oficial, pero también real, profundo, terráneo y subterráneo. Así lo atestiguan recordatorios, homenajes, seminarios, conversatorios, foros, libros en su homenaje, desde los círculos más altos de la distinción pública hasta en los colegios más anodinos del Perú. Especialistas en la vida de Basadre, en la obra de Basadre, en las temáticas de Basadre, en el periodismo de Basadre, en la historiografía de Basadre, en lo que dijo y en lo que pudo haber dicho, en lo explícito y en lo implícito. Hay otra historia dentro de la historia, hay Basadre en la historia y la historia de Basadre. Si viviera podría reestudiarse a sí mismo y afirmar que con él se ha cumplido la circularidad perfecta, los bucles de redondez entre conocimiento, vida, obra y sociedad. Basadre no es solo Basadre, es una influencia permanente, duradera, inmutable, sólida en la vida social peruana desde las ciencias sociales y la historiografía.³

Pero hagamos una pregunta que puede ser ingenua, pero hagámosla. ¿En qué consiste la magia basadrista, su atractivo, su fascinación, su indispensabilidad, su necesidad, su esencialidad, su vitalidad? ¿Dónde encontrar el secreto que rompe la regla de oro de la convivencia peruana: olvido en vida, recordatorio y homenaje póstumo? ¿Cuáles es la arcanidad del misterio que quisiéramos abrir que supera el destino del héroe na-

2 Recordemos que incluso Jorge Basadre fue invitado, pocos años antes de su fallecimiento, a dar el discurso central de uno de los CADE empresariales, institución de reconocido prestigio que congrega, generalmente, a un público selecto compuesto por empresarios privados, funcionarios, intelectuales y políticos, a cuya clausura asiste, generalmente, el presidente de la República. Las Conferencias Anuales de Ejecutivos (CADE) se realizan anualmente en diversos departamentos del Perú organizadas por el Instituto Peruano de Administración de Empresas (IPAE).

3 Es tanta la deuda que se tiene con la obra de Jorge Basadre que muchos de los autores nacionales que han logrado producir obras ahora consideradas «clásicas» en las ciencias sociales nacionales así lo reconocen explícitamente. Por ejemplo, Julio Cotler en la introducción a su libro *Clases, Estado y Nación* señala: «A este respecto queremos señalar nuestra deuda con la obra de Jorge Basadre. Mucho de este texto se debe a un análisis de sus escritos, aun cuando algunos de ellos, como en el caso de su *Historia de la República*, no aparezcan suficientemente citados», ob. cit. p.16. El reconocido libro de Manuel Burga y Alberto Flores Galindo: *Apogeo y crisis de la República Aristocrática* (Lima, Rikchay Perú, 1980) retoma incluso el título que Basadre

cional: solo se reconoce como héroe a quien se enfrenta al sino del morir joven por los otros y negarse una vejez silente y placentera?

Se dice que la inocencia no estriba en su propia pregunta ni en su proposición, sino en que es inocente porque ya se sabe su respuesta. Una pregunta es inocente porque desplaza la curiosidad, porque no tiene innovación, porque es repetitiva hasta el cansancio y porque su respuesta es de una ordinariedad tan intensa que no merece su enunciación ni siquiera en forma de pregunta. Preguntar en qué radica el secreto del reconocimiento de Basadre a estas alturas de la historia nacional —cuando se conmemora con agitados sonidos, con destellos de luces y aspavientosos foros y seminarios sus cien años cumplidos (nació el 12 de febrero de 1903)— podría ser calificada como una pregunta rayana ya ni siquiera en la entera inocencia del que la hace, en la ingenuidad de una visión aparential, sino en una perogrullada de rango mayor. ¿No es acaso nuestro historiador entero?, no es el autor de aquella monumental obra de la historia de la república, no es acaso la fuente y la inspiración imaginaria de todos los historiadores de colegio y de periodistas, de universidades, liceos e institutos, que al no poder investigar ni descubrir la historia por sus propios medios tienen que dedicarse a leerla desde la obra de Basadre, la *Historia de la República del Perú*? No es acaso nuestro historiador iconográfico como lo tienen todas las naciones civilizadas del mundo, en las que un historiador representa no solo la historia sino incluso la identidad. No es cierto que la identidad de un pueblo se alimenta de su historia y que quien la escribe compone también el imaginario de ese pueblo.⁴ Por qué entonces dudar de su presencia, por qué dudar de su magnífica comparecencia en nuestra vida nacional, de la importancia, de la oportunidad única que Basadre le brinda a la nación peruana. Esa pregunta por lo tanto no es ingenua ni inocente. Su inocencia ha traspasado los límites, ha desbordado su cordura, es, se podría decir con buen talante, una pregunta ofensiva, raya en el agravio porque es de una impertinencia insoportable. ¿Pero es así?

Sí, es así. La respuesta no admite ninguna duda, destierra la sorpresa, la interrogante, deja de lado la vacilación, enfrenta sin temor su propia consistencia, se acerca seguro de su seriedad al clima de su certeza. Quien duda no es admitido en el círculo de las ciencias sociales, menos aún en el de los historiadores. Avientesele la primera y la última piedra, sin culpa, sin remordimiento. ¿Es que alguno de los que quisieron competir con Basadre, en buena ley, en la ley de los competidores válidos, en la ley

diera al período comprendido entre 1895 y 1919, tal como los propios autores lo mencionan en la introducción («retomando un nombre acuñado por Jorge Basadre, denominamos la época de la república aristocrática», p. 7). Véase de Jorge Basadre el tomo VII de su *Historia de la República del Perú*, Ediciones Universitaria, Lima, 1983.

4 Ahora que en la historiografía nacional e internacional el paradigma de la intersubjetividad blanda su hegemonía se ha reconocido la tesis de Benedict Anderson, quien en su conocida obra *Comunidades imaginadas (reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo)*, sostiene que la identidad imaginada de los Estados nacionales se pudo lograr bajo la presencia del periodismo escrito y la masificación de la prensa escrita como medio de difusión cultural. Véase de Benedict Anderson *Comunidades imaginadas*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

de la foto de los jóvenes que se dejaron fotografiar de acuerdo a las insinuaciones de Porras Barrenechea en 1920 y que apareciera después en la revista *Mundial* del 28 de julio de 1921 (Porras, Abastos, Vegas, Sánchez, Leguía, Garland, las jóvenes promesas de esa foto) pudieron hacerle siquiera sombra menuda a sus once tomos de historia del Perú? Una pregunta inocente merece una respuesta silenciosa. Ninguno pudo hacer lo que Basadre logró. La pregunta no admite respuesta, ésta se basa en el silencio del consenso. Para qué discutir la fama de Basadre, para qué indagar por los mecanismos interiores del secreto que no lo es. Él es y punto.

Pero, aun así, por qué el espíritu de la indagación y la curiosidad, como decía Pascal, puede más que la razón de la certeza. Aun cuando Basadre sea una figura perenne de la presencia nacional, esa imagen sólida de figura social adquirida, no de ahora ni del momento, sino desde el primer cuarto de siglo del siglo xx, la pregunta ha rondado y casi sin diplomacia también algunos analistas sociales se la han hecho, por admiración y por respeto, por emulación o comparación. Pero la pregunta ha sido hecha y en su respuesta se han dado varias vueltas de manubrio a la importancia de Basadre.

Retomemos ese espíritu de admiración pero de molesta pregunta, que sin diplomacia y con descortesía, quizás apelando al impulso de las nuevas generaciones que así como conquistan Lima, sin tradición ni continuidad, bajo ruptura y sin pasado contemplativo, así se pueden hacer preguntas libres de consecuencias, preguntas que indagan sin prejuizar la inocencia de sus elucubraciones y veamos cómo se ha contemplado el secreto del reconocimiento de Basadre, cómo se ha respondido a esa lograda fama, a ese pedestal de reconocimiento colectivo social, a esa lograda presencia social, y ahí en ese espacio de la respuesta encontramos varias propuestas.

Una primera constante en su respuesta por la entrada histórica, casi repetitiva en el imaginario nacional, ha sido que fue producto de su ilimitada fuente y fuerza generacional.⁵ Por ser miembro emblemático de la generación del centenario (esa generación que marcó nuestra historia en la historia del siglo xx), pero además porque él reportaba sobre esa consistencia generacional, más allá de su juventud y lealtad a su extracción provinciana, pero no de cualquier provincia sino de la ocupada, de la cual aflora como producto de una tradición histórica interrumpida por la ocupación una sensibilidad especial, una mirada diferente, una posición, también intelectual, diversa. Así, mientras Sánchez aporta la visión literaria que se coloca sobre la metrópoli desde la provinciana norteña Trujillo sin perder el contacto político con el líder que tanto lo encandiló, pero que también le hizo ver su posición segunda frente al liderazgo

5 Ahora que en la historiografía nacional e internacional el paradigma de la intersubjetividad blanda se ha reconocido la tesis de Benedict Anderson, quien en su conocida obra *Comunidades imaginadas (reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo)* sostiene que la identidad imaginada de los Estados nacionales se pudo lograr bajo la presencia del periodismo escrito y la masificación de la prensa escrita como medio de difusión cultural. Véase de Benedict ANDERSON *Comunidades imaginadas*, Ediciones Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

terrateniente aristocrático de lo que después Sánchez llamaría «barones del algodón y del azúcar», y por eso su actitud compatible y complementaria entre crítica literaria y, para su momento, radicalidad política; si Porras alcanza la racionalidad de su propia existencia limeña a través de la historia de su propia tradición, produciendo por ello los enjundiosos y eruditos estudios sobre Pizarro o la ciudad de Lima; si el resto aportó como un círculo de influencias pero también de sujetos de observación que no cumplen con sus propias promesas, como Leguía, Abastos, etc. Basadre va a reconvertir su tradición de nacimiento ocupado por el invasor, en observación de los otros en los conversatorios del convictorio, transfigurando y rehaciendo su sensibilidad del impacto de la ocupación en la niñez y, por ello, sublimación como historia en la madurez, prototipo de la identidad como sentimiento del tacneño y como racionalidad del científico social en la creación de la obra monumental. Esta primera explicación del secreto basadrista ha sido la más exployada, la más difundida, la más propagandizada. Pero cae rendida ante su propia falla ecológica, ante su determinismo geográfico, ante su causa vuelta al revés de su ventaja explicativa. ¿Por qué no otro tacneño, por qué no otro historiador acaso de la misma provincia, de la misma ocupada tierra? No hay respuesta. La difusión de una explicación, a tanto de darla ha endurecido la reflexión para encontrar el secreto de la presencia social. Ésta es válida a medias pero ha quedado como «gran explicación», es hora de deconstruirla. Es una explicación a medias.

Pero cuando las preguntas son molestas, cuando pecan de inocentes, las respuestas también serán de la misma naturaleza. Igualmente se han dado otras explicaciones. Desde la sociología, desde el nivel de los movimientos sociales que van haciendo la historia de una nación, desde la lectura que se posesiona sobre el mundo de las diferencias y de cómo las diferencias se convierten en organicidad social, en consistencia movimientista, en conflicto de intereses colectivos, en cambio y transformación de una época, de una macro historia que se viene a menos, suplantada por el crecimiento desmesurado de micro historias que la van empujando. Desde ahí, desde esa mirada sociohistórica, se ubica la «oportunidad» de Basadre, la presencia que logró por ser hombre entre dos corrientes. Por haber sabido asentar y no desdeñar la oportunidad histórica que le brindó la coyuntura y los sucesos que su momento le dio. Situarse en el medio, y observar desde ahí las ventajas y las desventajas de las dos grandes posiciones reivindicativas y transformativas políticas de su época histórica: la radical socialista de José Carlos Mariátegui y la reformista nacional de la generación del veinte. Pero ¿solo él vio lo que el resto no vio? ¿No fue un movimiento generacional el que se asentó sobre los dos tiempos históricos, en el cual él destacó como personalidad de su tiempo? No es acaso también el drama de aquellos que buscaban la transformación pero no desde la radicalidad de los dos movimientos que se arrogaban el gran cambio que la necesidad social imponía al orden oligárquico. ¿Dónde estuvieron? donde su voz alzada hasta alcanzar las ondas del eco de la voz de Basadre, ¿por qué si sintieron lo mismo no lograron lo mismo? Nuevamente parte de la respuesta y la otra parte —la no dicha— en espera de su visibilidad.

Un afianzamiento cautivante sobre los mecanismos de la psicología interior propia y factual a cada uno de nosotros ha sido la tercera respuesta que podemos apreciar sobre Basadre y la presencia social de su presencia. La explicación de su lugar en la historia dentro de la historia nacional y la historiografía que la sistematiza.⁶ Ella observa la relación subordinado-subordinante, invasor-ocupado y a partir de una lectura que recae sobre lo individualizante antes que en lo colectivo, lo personal antes que lo social, la trasunta hacia una suplantación lógica de conducta psicológica propia, extrahistórica: el trauma cultural del invadido convertido en exaltación de la libertad y la búsqueda histórica en el intelectual es la clave productiva y el posterior alcance de la presencia social de Basadre. Y si ello, el sufrimiento personal del ocupado establece posteriormente relaciones con la política y si el Perú es un problema sin solución, visto en su densidad a través del tiempo, cómo no sentirlo como promesa incumplida en el trabajo por cumplir, por lo menos, en la historiografía. Esta explicación recae sobre la especial psicología formativa de los primeros años de la infancia de Basadre, de la socialización familiar que sufrió, pero también gozó. Tal como reza la explicación lacaniana gozo es deseo incumplido. La transposición y la sublimación, que abre un camino inédito de exordio de lo personal hacia lo social, de lo privado hacia lo público, de lo local hacia lo histórico nacional. Pero también sabemos de los caminos censurantes y prohibitivos de la transposición y acaso no sabemos que la sublimación no siempre es mecánica ni directa. Si así fuera, la historia de lo individual hacia lo social sería más resuelta, más diáfana, perdería su opacidad y al final se encontraría explicada racionalmente. Sueño de la ciencia pero perdición de la realidad porque al final nuevamente, como en el caso de Basadre, ello no prueba nada. No prueba nada de por qué, justamente él, realizó lo que el resto que también pasó por ese «suceso histórico» no lo siguió ni lo hizo. Nueva respuesta a medias.

Pero también la explicación pedagógica alimentada por el propio Basadre: la educación en el Colegio Alemán, densa, intensa, sobria, dura, tanto como para irse a Alemania, ser discípulo de Thurnwald, escribir y moverse en Berlín en el mundo de los estudios de etnografía jurídica en los primeros años de la década del treinta. Basadre, producto adulto de la formación del colegio Alemán.⁷ Una formación básica que produciría la brillantez de otros excelsos discípulos como Martín Adán, Emilio Adolfo Westphalen, Estuardo Núñez.

Entonces, ante tantas respuestas cambiemos la dirección de la pregunta. Partamos de la constatación, de la certificación social institucionalizada, que la sociedad ha hecho de su obra: ahí la constatación no pregunta ni duda, afirma. Se puede decir que Basadre traspasa lo efímero y su obra histórica ingresa a lo perdurable. Pero más

6 Esta otra interpretación también ha sido vastamente expuesta sobre todo en artículos periodísticos. Su argumentación descansa en la explicación psicológica del hecho de pertenecer, en su nacimiento, a una zona ocupada por la invasión chilena como fue el caso de Tacna en el momento que nació Jorge Basadre.

7 Recordemos que el apellido materno de Basadre era Grohman, de ascendencia alemana, por lo cual, probablemente, pudo estudiar en el ahora inexistente Colegio Alemán de su época.

aún, ¿se puede leer a Basadre más allá de la estela ceremonial que con su homenaje no solo atestigua, sino que fortalece el icono historiográfico de Basadre, quizás, más allá del propio Basadre? ¿Se puede hacer una lectura de su obra sin el halo basadrista que lo encubre? ¿Hay algo nuevo que decir sobre Basadre más allá del panegírico, del homenaje, o como el propio Basadre dice del historiador José de la Riva Agüero, que demostró con su obra *La historia del Perú* tal brillantez y alcanzó tal influencia que superó de lejos a aquellos aduladores que lo habían ensimismado por su alcurnia y aristocratismo?

Cuando Jorge Basadre se encontraba ya en su post ciclo de producción y cuando disfrutaba de cierta veneración por la obra reconocida dio una entrevista a una joven historiadora que se le acercó para indagar, precisamente, cómo veía él su obra. La respuesta de Basadre fue simple y sencilla. «Simplemente –dijo– yo terminé lo que me propuse». Esta respuesta puede llevarnos a mucha cavilaciones pero lo más rescatable quizás sea que ella, contraponiendo lo individual con lo social, lo particular de la biografía con lo general de las biografías de los muchos otros, lo doméstico de la biografía personal y sus mecanismos interiores de estrategias de vivir que cada uno va construyendo y que solo uno sabe cómo las vamos inventando y llevando a cabo (lo que Heidegger denominaba «poéticas» de la vida), contrastándolas con los procesos de sentido de épocas y de imaginarios sociales y en especial de sicologías idiosincrásicas criollas, puede darnos la clave de la recepción que el propio Basadre⁸ hacía de su obra y su reconocimiento en vida. Pero esa clave no solo nos dice de la biografía personal de su autor, sino desdoblándola, nos dice también de la mirada del analista social sobre la sociedad en la cual se mueve y en la cual establece su existencia, nos dice, además, que esa clave no podría haber sido hecha sino desde el conocimiento detallado, exhaustivo, analizado en sus múltiples minucias, en sus pormenorizados artificios del espacio social en el cual procesaba su existencia el propio Basadre. Es decir, no solo es una frase en clave de la relación entre existencia y obra, entre desear ser y terminar siendo, relación por lo demás tan agónica como la de cualquier ciudadano peruano, sino que es la frase en clave hecha por alguien que solo pudo proferirla después de haberla pulido secretamente durante años y años de constante diferencia con el resto –por lo tanto de pulimento interior–; pero que simultáneamente, al haberla pulido interiormente, la realiza como comparación con los demás, y por realizarla, justamente, como comparación, termina especializándose en el conocimiento de los demás como solo un analista social, por lo demás un historiador, puede hacerla. Es decir, repitamos, en esa frase se

8 La temática del incumplimiento de la promesa y posibilidad del Perú como nación, de los múltiples y complejos rubros temáticos y líneas de investigación que de ahí pueden abrirse para la reflexión sobre lo social y su consistencia en el Perú, es una obsesión basadrista desde su juventud. Recordemos que su libro ensayístico *Perú: problema y posibilidad*, Ediciones Librería Rosay, Lima, fue editado en 1931, cuando tenía 28 años de edad. Esa temática lo perseguiría hasta el final de sus días. Comparece también con la clasificación que haría de los peruanos como «encendidos», «podridos» y «paramos!» y la promesa incumplida de la nación peruana. Se podría decir que a partir de ese libro, editado tempranamente, Basadre ubicaría su metodología historiográfica como una constante de la disociación sociohistórica del Perú.

condensa el aporte de Basadre y lo que es Basadre. Dos juegos semánticos realizados en simultáneo que solo ahora, con el paso del tiempo, podemos quebrar, separar, estudiar, deconstruir. Al decir «yo terminé lo que me propuse», está colocando la significación de lo social con el significado que la ha construido. Y por contraste, podemos decir, en el Perú nadie termina lo que se propone, pero al decir ello estamos ya en el pleno centro del terreno idiosincrático nacional, en el centro del imaginario peruano, en el núcleo más profundo de los meandros de nuestra identidad, en la causa perpetua de lo que somos, en el regreso a nosotros mismos: el Perú siempre es un incumplimiento, empieza con nosotros y termina con el país.

Eso era todo. Ahora la pregunta no tienta a ciegas, tocando puerta tras puerta, puertas a medio abrir, la búsqueda que no redondeaban la ansiosa respuesta. Y esa respuesta es la otra mitad, la mitad no encontrada de las otras respuestas, solo que ahora podemos, uniendo las mitades, encontrar la consistencia de la unidad. La respuesta única que aglutina y da solidez a las otras medias verdades, pero que al juntarlas a todas da la coherencia de lo que veníamos buscando. El incumplimiento, el prometernos a nosotros mismos lo que después no podemos cumplir, se convierte en el avatar que sí pudo cumplir Jorge Basadre. Ahora podemos atar los cabos retrospectivamente. Dar vuelta atrás de la manivela para poder nuevamente espectar en esa foto, que por insinuación de Porras Barrenechea se tomaron, a los jóvenes intelectuales de la generación del centenario. ¿Cumplieron su promesa de obra individual, cumplieron su promesa de obra generacional, cumplieron su promesa de obra política? El único que la cumplió enteramente, como obra individual fue la de él, pero también incumplida como obra política generacional. Desde la primera edición de la *Historia de la República del Perú* que publicó Basadre en 1939, hasta las variadas ediciones realizadas en años posteriores (la séptima edición data de 1983, consta de 11 tomos y fue realizada por la Editorial Universitaria de Lima), Basadre, entre sus variados quehaceres intelectuales –viaje a Estados Unidos, cargos públicos, becas de la fundación Rockefeller en 1951, etc.–, seguiría tenazmente una constante perdurable durante su vida. Pero esa constante demuestra varios aspectos más y nos da la seña, nos abre un camino para entrar, si no a la integridad de su obra, quizás sí a uno de sus aspectos más debatidos de su trabajo histórico y que él frasearía con el conocido título de uno de sus libros *Perú: problema y posibilidad*. Se puede fácilmente deducir que estamos nuevamente en el terreno idiosincrático del incumplimiento, pero deslicemos nuestra reflexión hacia otro lado sin dejar de ocuparnos del tema de la promesa e incumplimiento.

Es a partir de este sentimiento tan nacional y tan peruano del incumplimiento consigo mismo, con la historia, con la política, con la sociedad que se puede entender, desanudar y desagregar la perspectiva de fondo que guiaba la obra de Basadre o la metodología historiográfica que él, lenta pero copiosamente, fue creando y recreando. Ese «sentimiento» tan nacional en el caso de Basadre y sus consideraciones de la sociedad y de la historia peruana nos da el código eje a partir del cual podemos

deconstruir y reconstruir la propia metodología histórica basadrina. Ella no parte tanto de las disquisiciones teóricas y de las diversas corrientes de filosofía social y de ciencias sociales que circundaron el ambiente intelectual de su época, no se deriva tanto de los paradigmas, tal como ahora se acostumbra a decir a partir de la influencia de la escuela epistemológica paradigmática que creara en la década de los sesenta Kuhn, ni de las grandes teorizaciones que engloban los avances propiamente investigativos históricos. Su metodología no se dedujo de las polémicas sociocognitivas que pudo beber en su estadía alemana. Sin embargo, aquí debemos colocar una alerta epistemológica. Tampoco es que no existieran ansiedades, disquisiciones y preocupaciones sobre las metodologías historiográficas con las que él trató y actuaron como un telón de fondo del escenario teórico sobre su monumental obra.⁹ Debe de cancelarse definitivamente la idea de un Basadre empírico, cronista, sumador de datos que colocaba como un gran fresco de la escena histórica nacional que estudió con tanta acuciosidad, y se la debe de cancelar porque en algún momento esa idea también se deslizó, en especial cuando diversos investigadores de la historia nacional se encontraron frente a una obra monumental. Ante la imponente no faltaron aquellos que señalaron que solo con la sumatoria casi a ritmo de collage es que se podía haber logrado hacer una historia tan densa y al mismo tiempo tan pormenorizada. En Basadre y en su metodología hubo, obviamente, la acuciosidad pormenorizada y detallista, como una obra de orfebrería acopiosa por los datos mínimos que se nos presenta como sumatoria de crónicas de la vida cotidiana en sus varias texturas y sensibilidades —la teatral, la musical, la social, la literaria, etc.—, pero ello no se explica por carencia o por desviación sino por la propia concepción epistemológica de lo social y político que lo empujaba a concebir lo que era una obra histórica. En la introducción a su obra, él mismo señala —al referirse a la obra de Raymond Aron, sociólogo francés de fuerte presencia e influencia en los años cincuenta y sesenta— la idea de una historia total: «La historia total —que es la verdadera— no debe tratar de ignorar nada de lo que hicieron los hombres o las colectividades, menos aún aquello que decidió la suerte de ellos, e implicó el ejercicio del poder y su reparto»¹⁰.

Pero debemos ir más allá de su metodología explícita y encontrar su otra metodología, la no dicha, la que el propio historiador de la República no llegó a verbalizar, pero de la cual nos deja su enseñanza. Debemos ir más allá de sus palabras, incluso forzando la situación, pues es la única manera cómo podremos avizorar terrenos que hasta ahora no han sido cosechados en su entera riqueza. Esta metodología que nos entrega entre líneas tiene que ver con lo que decíamos líneas arriba y que el «sentimiento de incumplimiento» nos entrega. Se relaciona con la promesa y su no cristali-

9 Existen varias obras de Basadre que pueden dejar constancia de su preocupación teórica historiográfica y descartar la idea de que sus textos fueron motivados por fuertes inclinaciones hacia la crónica y, por consiguiente, se sesgó con cierta intensidad hacia el empirismo. Para dejar testimonio de sus preocupaciones teóricas puede verse *El azar en la Historia*, Ediciones P.L. Villanueva, Lima, 1973.

10 Basadre, Jorge: *Historia de la República del Perú*, tomo I, Editorial Universitaria, Lima, 1983. p. XI.

zación, con lo que se afirma llevar a cabo y lo que no se efectiviza, con lo que se quiere ser y lo que propiamente se es. En una palabra, tiene que ver con la metodología de la disociación, que es la recreación de un sentimiento que recupera la propia tradición de la historia nacional, y que se deduce del sentimiento de no cumplir, de no terminar lo que se propone. Es lo que marca, concretiza, la metodología de Basadre. A partir de aquí se puede entender las divisiones, fisuras y abismos que en Basadre dan cuenta de la historia nacional. La metodología de disociación histórica es a la sociedad nacional lo que el sentimiento de incumplimiento es a lo peruano, a su idiosincrasia más noémica. De acuerdo a ello es que Basadre encuentra la división y disociación entre lo oficial y lo real, entre las élites y el pueblo, entre el centralismo y las regiones, entre lo criollo y lo andino, entre Lima y el resto, entre la ciudad y el campo, entre el estado aristocrático y el estado social de los humildes.¹¹ Un Perú dividido en dos, disociado en dos, que no se encuentra a sí mismo, pese a la promesa, un incumplimiento perpetuo.

Pero toda promesa conlleva, como complemento significativo de su propia proposición, un más allá de su presente, una representación que circunda la acción pero que no se suscribe a ella, un espacio no tocado por lo físico, un incontaminado espacio de lo universal sobre lo local. Solo puede realizarse la palabra promesa en tanto ha descolocado, como una segunda envoltura que se la ha desadherido del cuerpo inicial a la que pertenecía, otra representación ajena a la primera. Este otro universal, este otro que nos demanda y que nos nombra, que nos hace sentirnos empequeñecidos y culpables de no ser lo que nos prometimos a nosotros mismos, que se nos pone en frente y nos agravia diciendo no puedes alcanzar tu propia ilusión.¹² ¿De dónde nace, en dónde se origina? La respuesta historiográfica, porque la misma se la puede encontrar desde varios ángulos de respuesta (sociológica, antropológica, etc.), podría aludir a la sensibilidad criolla y se la puede encontrar en el proceso formativo ideológico de las propuestas emancipadoras; pero si es así, es coherentemente estadolátrica y lo era en tanto miraba desde el Estado, desde la política, desde el supuesto centro de poder referencial nacional (decimos supuesto en tanto, tal como se conoce y que denunciaría significativamente

11 Existe aquí un pasaje no esclarecido en la obra histórica de Basadre y es, justamente, la no presencia, intensa, llena de vida de la «historia de los humildes». Quizás eso se deba, como el mismo lo señala, al hablar de lo que es una «historia total» (véase cita anterior) a la necesidad, antes que nada, de dar cuenta de «...aquello que decidió la suerte de ellos, e implicó el ejercicio del poder y su reparto». Este «aquello» era obviamente la política y el poder que ella posee para la toma de decisiones públicas y sus efectos en la sociedad nacional. Centrándose sobre este núcleo es que Basadre da cuenta de su visión histórica y desde ahí recorre y recoge la totalidad nacional pero, quizás, ese pudiera haber sido un sesgo deformante para ingresar a la historia total nacional, ya que en el Perú existen escisiones tajantes entre la forma de hacer política de la élite y sus masas, o más aún, por ser una nación con escisiones la política estatal no da cuenta de las «otras políticas» nacionales. Precisamente la de «los humildes» que, precisamente, terminan arrinconando a la política criolla.

12 Sicoanalistas como Lacan denominan a este proceso de formación, tanto de la matriz simbólica como de la imaginaria, «el nombre del padre» o «la demanda del otro». En un lenguaje a lo Hegel podríamos decir que se trata de la razón escindida, que busca llegar a la razón absoluta o la autopercepción de una conciencia incorforme y desventurada que busca reencontrarse a sí misma para superar su desgracia.

la generación del veinte, era solo «un ropaje liberal sobre un cuerpo indio»), al poder institucionalizado en los clubes políticos y en los estilos caudillistas, clientelistas y patrimoniales hartamente denunciados por las ciencias sociales. Pero, entonces, cabe deducir que la propia promesa se adscribía a la élite criolla política y sus sucesos, discursos y palabras de lo que debería ser la nación peruana, que a su vez se adscribía al imaginario de los liberalismos republicanos occidentales bebiendo de los doctrinarismos europeos. Pero si es así, se puede deducir, entonces, que el enfoque politicista de Basadre, lo que muchos de sus críticos consideran el centramiento del discurrir de la historia peruana sobre los avatares de los criollos haciendo política, o deshaciendo, confundiendo, peleando en torno a la misma, no es más que extensionalidad intensa, cumplida, cabal, pero al fin y al cabo extensión de lo criollo viéndose a sí mismo en sus propios «*happenings*» políticos. Será entonces por ello que Basadre no pudo tener un fresco más amplio de la historia nacional y por lo cual dejó de incorporar en su libro a los pobladores de la selva, a los pobladores humildes que construían ciudades a golpes de enfrentamiento en los territorios ocupados por lo criollo; que no pudo ver o que dejó de ver por centrarse en las política de los criollos, el nuevo mundo social que hace la historia desde abajo, la inmensa marejada de los desheredados, de los desamparados habitantes que migraron del cuarenta en adelante, ese pueblo oscuro, aceitinado y marrón, y al cual Basadre no prestó mucha importancia, más que como anécdotas de una historia que se hacía en otro sitio y en el cual éstos eran parte del escenario secundario, coro pero no actores, ni mucho menos, dirigentes incluidos. Y, por esa razón, deducir que Basadre fue muchas veces más limeño que nacional, más cronista que analítico, más lleno de historia de acontecimientos que deslinda historiográfico de fondo.

Si de metodologías historiográficas puede hablarse, la década del setenta pagó caro su adscripción a las estructuras y a los sistemas, a la influencia braudeliana y althusseriana. Los descargos y las impugnaciones que sobre esa historia estructural hiciera O. P. Thompson no pueden caer sobre la obra de Basadre, aun cuando las acusaciones que los propugnadores de la nueva historia, la crítica, la marxista, con Chaunu, Piel, Vidal y sus seguidores nacionales le hicieran por no descubrir la masa entre el liderazgo caudillista, los movimientos sociales campesinos más allá del caudillo militarista, la selva y sus minorías étnicas a espaldas del criollo costeño; y esas críticas no pueden caer sobre él porque también en Basadre se puede encontrar la metodología historiográfica de la doble dimensión. Esa que dinamiza sus observaciones y agudiza sus apreciaciones entre el acontecimiento y el análisis, entre la crónica y la historia analítica, solo que aún cuando en ciertos momentos pueden aparecer desencadenados, al final se eslabonan en un solo ciclo, en un solo concierto que destaca por narrar simultáneamente variadas perspectivas, desde el teatro que se hacía en esos momentos en Lima como de incluir también las vicisitudes de las ambiciones políticas de congresistas y funcionarios, y denunciar, asimismo, detrás de ellos, como un telón de fondo dorado, la influencia de la economía, de las grandes compañías, de los grandes intereses.

Pero aun así, la presencia de lo criollo haciendo la política deja un sabor a excesivo centramiento desde el cual parte la totalidad de la obra basadriana; o como lo podríamos parafrasear a partir de los agudos apuntes historiográficos del marxista italiano Gramsci cuando hacía análisis de la historiografía italiana de su tiempo, en especial de los escritos de Della Volpe y de Croce, un excesivo politicismo recorre su *Historia de la República del Perú*. Quizás, aquí, deberíamos recurrir a otra entrada para explicar lo ocurrido, mirar desde otro sesgo, pero ese nuevo flanco desde el cual poder explicar el «default» de Basadre no puede ser otra que el de la metafísica de lo criollo sobre la presencia de la historia nacional. Los orígenes de la construcción histórica del imaginario criollo, la invención simbólica de la comunidad que están construyendo en los principios republicanos y que se puede observar con agudeza en la ideología de los precursores, asumía desde su inicio una pretensión redentora natural y coherentemente teórica, recurrir a un mecanismo sin el cual no se podía (para muchos tampoco se puede en la actualidad¹³) realizar la construcción de una sociedad. La necesidad de un significante que le diera certeza al significado del presente, pero está convertida posteriormente en una separación abismal entre «deber ser» y «es» o para decirlo con las palabras históricas de Basadre, entre el Perú oficial y el real, terminaba convirtiéndose en un problema fundamental a resolver, por lo cual la solución de esta promesa incumplida no se lograba si no era recolocando y disolviendo la función inicial de la promesa en la propia nación a la cual ella se ponía al frente. Pero esta promesa es también la promesa de lo criollo. Y no lo decimos solo nosotros. En su libro *Hacia la tercera mitad*, Hugo Neira atisba también en la misma dirección pero no culmina lo que ha descubierto, no finaliza ni termina de martillar lo que él mismo afirma. Nos dice: «Llamo metafísica, por ejemplo, a la obstinación por hallar la esencia del Perú. Las sociedades no tienen esencia sino situaciones»¹⁴. Pero, posteriormente, el texto progresivamente termina haciendo un panegírico de lo que ha criticado. Nuevamente lo criollo vuelve a ser el centro referencial de su obra, sus ejemplos, sus metáforas, ha caído en lo que rechazaba al inicio. En Basadre, en cambio, la alternativa es otra. Se trata de ubicar lo criollo a partir también de su promesa pero, encontrando la esencia disociativa de su incumplimiento doblarlo hacia la solución social, hacia la alternativa –que no puede ser otra sino histórica– que encuentra la disolución efectiva del propio problema en el cual se ha engendrado. Pero al hacerlo la política se convertía y se convierte en el centro de la determinación de la historia nacional, pero esta vez como cumplimiento, o como dijera el propio Basadre, la política como promesa y posibilidad.

13 Jacques Derrida –uno de los filósofos más destacados del pensamiento contemporáneo occidental actual, quien a lo largo de su obra ha buscado luchar, desterrar y deconstruir los discursos universales («logocentrismo») que aprisionan y someten la libertad individual– llega a sostener: «No se trata de rechazar estas nociones. Son necesarias, y por lo menos de momento, no podemos concebir nada sin ellas [...] Dado que estos conceptos son indispensables para perturbar la herencia a la que pertenecen, deberíamos ser menos inclinados a renunciar a ellos». Cita tomada del artículo «El objeto de la poscritica» de Gregory Ulmer, en *La posmodernidad*, Ediciones Kairos, Barcelona 2002. p. 132.

14 Neira, Hugo: *Hacia la tercera mitad*, Fondo Editorial Sidea, Lima, 1996, p. 28.